



LA VERDAD EN EL TEATRO.

Es una frase muy corriente la que motiva estos párrafos míos; frase que anda de boca en boca, sin que la mayor parte de las veces sepa la boca que la pronuncia lo que dice y lo que habla. En muchas ocasiones se me ha entrado por los oídos á la salida de un teatro; no pocas se la han echado en cara á un autor desde las columnas de los periódicos, como lanzan los obispos desde sus diócesis el *anathema sit*.

«Ciertos asuntos no deben llevarse al teatro.» Hé aquí la frase condenatoria adicionada á las siguientes ó parecidas considera-

ciones: «La gente nueva, los autores nuevos no guardan al público respetos de ninguna especie.» «La inmoralidad se ha enseñoreado de la escena.» «El teatro no puede convertirse en un centro de corrupción; no debe tomarse como sitio hábil para reflejar llagas sociales, pasiones vergonzosas; ciertas cosas no son para dichas y mucho menos para representadas en público. Bien se está la verdad en casa; que la dejen allí...» Y por ese estilo multitud de censuras, de afirmaciones, de protestas que me ponen de punta los nervios y me han hecho exclamar con asombro y con rabia, después de oirlas: Pero ¿qué desean estos señores? ¿De dónde vamos á sacar los dramas nosotros? ¿De la vida real que ante nuestros ojos palpita, ó de una vida imaginaria cortada á patrón, sentida á capricho de pudibundos cursis y falseada en beneficio de cuatro mozuelas insubstanciales y de una docena de caballeros bien alimentados?

Del mal el menos si tales disparates sa-

liesen de labios desprovistos de autoridad, y que por carecer de ella no encontrarían más eco que el suyo; pero es lo triste que lo mismo dicen y repiten otras personas que, si no por su propio mérito, por el que les concede la tribuna donde alzan la voz, llegan hasta la opinión con sus juicios.

Y ¿qué ocurre? Que la gente, la masa general del público, falta de tiempo para discutir por cuenta propia en materias de arte, se conforma con el parecer de los *peritos*; toma por bueno lo que ellos le dan, y éstos porque piensan á zurdas, aquéllos porque no quieren detenerse á pensar un poco, declaran que no son la verdad y la Naturaleza los modelos en que debe inspirarse el artista; despiden á la humanidad del teatro (que tanto como despedirla vale pedirla mutilada, con una máscara hipócrita para sus vicios y un cristal de aumento para sus virtudes); vocean, protestan, desátanse en censuras agrias, en terribles indignaciones cuando la vida se les ofrece desde un escenario; tachan

á los autores nuevos de inmorales, de atrevidos, de revolucionarios insolentes, y hoy que la realidad y la verdad y la Naturaleza han tomado carta de posesión en las diversas manifestaciones del arte, en la novela, en el cuadro, en la estatua, se las quiere arrojar del teatro en nombre de no sé qué respetos fantásticos, y se les dice: «Este es vuestro límite; aquí no entraréis nunca.»

¡Que no entrarán!... Han entrado ya; hace mucho tiempo, mucho; la primera vez que entró en el teatro un hombre de genio. No hay artista, digno de tal nombre, que no se apoye en la verdad y en la Naturaleza para producir obras; que no busque en ella el modelo de sus concepciones, la matriz donde tomen nervios y sangre y carne los hijos de su inteligencia, los frutos de su imaginación.

Risa da oír á quienes llaman revolucionarios á los autores nuevos. ¡Revolucionarios!... ¡Tiene gracia!... ¡Tanta como la tienen los que hablan de *romper moldes!*

¡Como no rompan la Naturaleza, molde eterno del arte, los que en tales roturas se ocupan, no sé lo que van á romper! Estaba en lo firme Fernanflor cuando desde las columnas de *El Liberal*, al término del precioso artículo que sirvió de prólogo á estas Crónicas, nos decía: «*Lo que nace no nace... vuelve.*»

Por eso vuelve la verdad al teatro; la verdad, que durante algún tiempo ha permanecido fuera de él, ó, mejor dicho, ha entrado en él de mala manera, dislocada por la neurosis de los románticos, que solamente lograron deformarla al pretender engrandecerla, ó empequeñecida por la impotencia, por la anemia intelectual y moral de cuatro literatos chirles, que han querido hacer del teatro antesala de las sacristías y espejo complaciente en que puedan mirarse sin sobresalto las conciencias hipócritas... Vuelve la verdad al teatro, y vuelve empujada por la juventud que la ha visto surgir resplandeciente, poderosa, en las obras dramáticas de

los grandes maestros españoles. Vuelve con esa juventud entre cuyas filas me cuento, aunque me cuento el último; con esa juventud que no quiere *romper moldes*, que se ríe de los que tratan de romperlos, que sabe que el teatro, el teatro bueno se entiende, será siempre el mismo en su esencia: acción, pasión, caracteres; pero acción verdad, caracteres verdad, pasiones verdad. Esto es lo que pide la juventud, pide lo que ha visto, lo que ha aprendido en esa *Celestina* inmortal, gloria de nuestro arte y arranque de nuestra literatura dramática; lo que ha visto luego en casi todos los dramaturgos del siglo de oro; lo que ha visto después más cerca de nosotros en los dos únicos autores que supieron resistir la avalancha romántica de un lado y de otro las emanaciones pantanosas de la dramática sensible y honradita: Ayala y Tamayo; lo que encontró siempre que se detuvo ante una obra hermosa: en Shakespeare como en Calderón, en Calderón como en Lope, en Lope como en Tirso, como en

Rojas, como en Alarcón y en Moreto; en el *Drama nuevo* como en *Consuelo*, asuntos humanos, pasiones humanas, caracteres humanos. Verdad.

La juventud no pide nada nuevo; pide que vuelva lo que se ha ido.

Prueba de ello, del engaño en que vive el público, más que por culpa suya por la de quienes á sabiendas (hay que presumir que sea á sabiendas) le engañan, es lo ocurrido recientemente con los *lunes clásicos* del teatro Español. Influenciados por esa pícara idea de que los autores nuevos se habían dedicado á escoger para sus dramas asuntos inmorales, y decididos á buscar ambientes de moralidad, rogaron á la empresa los espectadores asiduos que se representasen comedias del teatro clásico; y ¡qué asombro el suyo cuando vieron desfilar por delante de ellos *Castigo sin venganza*, *La villana de Vallecas*, *Casa con dos puertas*, *La niña boba*, *El vergonzoso en Palacio!*; tantas y tantas comedias que, en punto á moralidad—en el sentido

que hoy tiene la palabra,—le daban quince y raya á *Las vengadoras*, de Eugenio Sellés.

Yo no sé lo que dirían cuando viesan á aquellas mujeres de Tirso, que las conocía muy bien porque las confesaba; aquellos amores incestuosos; aquellos adulterios dobles; aquellas liviandades regocijadas; aquellos hijos que se burlan de sus padres, y aquellos galanes que por todo entran y salen adelante con todo; no lo sé, pero presumo que el desengaño ha debido ser gordo para ellos. Les salió la criada respondona. Se cogieron los dedos entre la puerta.

No podía suceder otra cosa; los dramaturgos del siglo de oro, como todos los grandes artistas, como todos los que si no saben realizar el arte saben sentirlo, no han querido hacer del teatro un titirimundi ridículo y han ido á buscar sus asuntos en la realidad; han sacado sus hombres y sus mujeres de la Naturaleza, tal y como ellos son; se los han presentado al público palpitantes de vida, con la piel que los cubre, con los nervios

que los electrizan, con la sangre que los alimenta, con el cerebro que los anima, con sus pasiones, con sus impurezas, con sus virtudes, con sus vicios, y le han dicho: «Ahí los tienes; no son una mentira, no son un capricho de mi fantasía; son personajes de carne y hueso sobre los que yo he reflejado toda la luz de mi entendimiento para que puedas verlos mejor.»

Eso hicieron ellos; eso tratan de hacer hoy los nuevos autores. Podrá variar la forma, el procedimiento, que no en balde pasan los años y progresa el espíritu; pero el fondo... el fondo será el mismo, no puede ser otro: la Naturaleza por base, la verdad por guía, la inspiración por auxiliar y el arte por fin.

Respecto á lenguaje, no hablemos, porque fuera parte de las retorcidas y alambicadas que constituían el estilo de la época, nadie ganó á hablar claro y desnudo á los autores del siglo xvii. ¿Cuál es, pues, el delito de los que hoy aspiran á llevar la verdad

al teatro? ¿Hacer, punto más ó menos, lo mismo que los otros? Aseguro que no lo sé.

La verdad tiene derecho á reinar en el teatro; debe volver á ocupar el sitio de donde la arrojaron en mal trance para nuestra gloriosísima historia literaria; debe volver como dueña absoluta, sin trabas que la sujeten ni cortapisas que la detengan.

En la realidad, en las palpitaciones de la existencia, en el choque de las pasiones humanas, debe, necesita, tiene que buscar el autor los asuntos para sus dramas, el modelo para los caracteres que trace, los incidentes para la acción que desarrolle; nada de falsedades, nada de mentiras, nada de concesiones cobardes. De vicios y virtudes, de claridades y de tinieblas, de purezas y de impurezas, de cobardías y de heroísmos está hecha la vida; éntre el autor por ella, escoja aquel asunto que más á fondo hiera su espíritu, aliméntelo con el calor de su inspiración y de su ingenio, haga brotar de su cerebro hombres y mujeres que haya visto

antes en la Naturaleza, hágales sentir como sienten los seres humanos, hágales hablar como hablan los hombres, sin retóricas inútiles, con verdad, con pasión; no con metáforas que salgan de la pluma, con frases que arranquen del alma; y esté seguro de que, haciendo eso, acaso no triunfe, porque el triunfo es difícil, pero habrá cumplido con su deber; podrá no llegar á ser un gran artista, pero será un artista honrado.

Y no se asuste el público tampoco por lo que han dado en llamar *asuntos crudos* y *frases crudas*; vale más horrorizarse del vicio presentado con lealtad, que entusiasmarse con el vicio disfrazado con hipocresía; aunque salgan las pasiones humanas todas á la superficie de la escena; aunque el choque de esas pasiones sea duro, violento, espantoso, brutal á veces, nada hay que temer; lo que horroriza no pervierte; aunque el lenguaje sea claro, dentro de los límites del decoro; aunque algunas frases tengan la rudeza de la verdad, no hay que asustarse; la verdad

es sana; es como el aire á campo abierto: azota, pero fortalece.

Por ella, por la santa verdad, lucha la juventud en todos los órdenes sociales; por ella combaten en la esfera del arte los que al nombre de artistas aspiran; porque vuelva al teatro, de donde la expulsaron cerebros enfermizos é imaginaciones timoratas, están dispuestos á pelear sin tregua los autores jóvenes, los que sólo en la Naturaleza encontraron la fuente inagotable, eterna, segura, donde nacieron obras capaces de resistir el peso del tiempo y los embates del olvido. En ella se inspirarán y triunfarán con ella.

Sólo apoyándose en la verdad pueden ser el arte grande y los hombres viriles.



LO QUE SE DEJA.

En las calles, en los cafés, en los círculos, en todas partes, sólo habla la gente de una cosa: ¿Del acorazado norteamericano que ha surgido en la Habana? No: de la muerte de Gavira.

Algunos periódicos han publicado extraordinarios verdaderamente extraordinarios. Orlas de luto, poesías fúnebres, artículos necrológicos, ¡la mar!... Desde el ¡*Cánovas ha muerto!*, no se ha manifestado el dolor popular á toda orquesta, hasta el ¡*Gavira ha muerto!*... El tiro de Angiolillo y el de... quien sea, han penetrado igualmente la en-